

Daniel Fernández

Entre burros

El burro, pobre animal, tiene mala fama. Tozudo, rebelde, obstinado, fonto, que no sabe nada, aunque también a veces se le tiene por astuto y puede llegar a ser incluso sabio. Asnos y camellos son animales de variada simbología en los bestiarios medievales y en las fábulas. Pero, por definición, un burro es un burro, lo que nos lleva prácticamente al insulto. E incluso si hay burros tóxicos, como nuestro guará catalán, sin ir más lejos, pues pese a ello no es un animal que salga demasiado bien parado en el equilibrio entre sus virtudes y defectos. Los burros, al fin y al cabo, terminan haciendo burradas. Y a menudo su obstinación no es más que porfiada burricie.

Con Virgilio Ortega, que como editor dio cientos de libros a la imprenta, y ahora como autor dos espléndidos volúmenes de etimologías recreativas, a los que ahora añade un tercero, *Palabradición*, hablábamos el otro día de burros. Les reconozco que lo hacíamos sin ánimo cristiano, porque estábamos dedicando el epíteto y no precisamente por las mejores cualidades de los asnos a Trump, Cruz, Rubio, además de a varios políticos de nuestro país, y desde luego, a todos los corifeos de Arnaldo Otegi y al propio Otegi (aunque este sea más bien un hurón). Ya les confieso que nuestro nivel era de charla de bar a hora tardía. Pero incluso entre burros se puede separar el grano de la paja. Es lo que recomendaba Tomás de Iriarte en una de sus fábulas, *El asno y su amo*, para concluir: "Sepa quien para el público trabaja, / que tal vez a la plebe culpa en vano, / pues sí, en dándole paja, come paja, / siempre que le dan grano, come grano". Y libre ya uno del exabrupto, más reposado, empieza a caminar entre asnos. Y encuentra motivo hasta para comparar el reino entero con el asno de Buridan, aquel jumento famoso que no sabía si ir a comer de un montón de heno o de otro análogo y que, dudando dudando, se murió de hambre (en otra versión, muere de sed entre el pozo y el arroyo). La inacción y la duda existencial del burro es tal vez lo que ahora atenaza a nuestros próceres, singularmente a Pedro Sán-

chez y a Mariano Rajoy, que no saben qué heno atacar primero. Aunque no quiero ser injusto con Sánchez, que al fin y al cabo ya se ha zampado la ración que estaba a su derecha. Jean Buridan, por cierto, fue un teólogo escolástico de la primera mitad del siglo XIV, discípulo de Guillermo de Ockham y partidario no sólo del libre albedrío, sino que estaba convencido que cualquier decisión podía ser tomada y ponderada desde la

Tal vez si alguien se bajase de su burro habría espacio para el entendimiento, pero los veo muy burros, la verdad

razón, haciendo un uso, precisamente, racional del intelecto. Tal vez está de más explicar que el asno de Buridan se creó para ridicularizar su pretensión de que cualquier dilema podía ser resuelto racionalmente. En Galicia se cuenta también la historia de un campesino que cada vez le escatimaba más y más el alimento a su asno para, al final, lamentarse amargamente de que ahora que había acostumbrado al burro a no comer, el animal se le había muerto de hambre.

Y es que el hecho simple pero trascendental de votar, de participar en el jue-

go democrático, puede hacer que todos nosotros, ciudadanos y sus representantes, acabemos como el asno de Buridan, muertos por abstención y sin ser capaces de conciliar ideologías distintas en intereses comunes. España, dejen que me ponga estupendo, no debería seguir dudando entre la derecha y la izquierda, desperdiciando semanas y meses para repetir unas elecciones que pueden dejarnos otra vez en la duda y hacernos morir de hambre.

A veces no hay más solución para un dilema que cambiar de burro. O bajarse del burro, que viene a ser la misma cosa. Tal vez si alguien se bajase de su burro habría espacio para el entendimiento, pero los veo muy burros, la verdad. Habrá que recordar, ya que estamos en año cervantino, que el bueno de Cervantes perdió el asno de Sancho en un gzapazo célebre, en el capítulo XXV de la primera parte del *Quijote* y unos capítulos más tarde, Sancho sigue a lomos de su burro milagrosamente reaparecido. Lo mismo si algún líder desaparece aunque luego resucite...

Si las elecciones finalmente son inevitables, seremos los burros electores los que rebuznemos y hasta hablemos, como la burra de Balaam en la Biblia (en Números, capítulo XXII), otra historia maravillosa, porque el propio Yahvé aparece diciendo una cosa y su contraria, un poco burro (con perdón) para ser Dios. Yahvé primero niega y luego concede a Balaam el permiso para maldecir a los israelitas (no me hagan explicárselo ahora) y cuando Balaam, cabalgando su burra, está en camino, un ángel se interpone por tres veces y Balaam golpea por tres veces a la pollina, hasta que esta, con el don del habla concedido por Yahvé, le habla y se queja de los golpes. Balaam, que murió a manos de los hebreos, ni aprendió ni escarmentó, pero al menos su burra se quejó de los malos tratos y pudo dejar claro qué pésimo conductor de asnos era su dueño.

Ya lo dice la sabiduría popular, dolorida como la burra de Balaam: mientras haya burros, estos irán a caballo. Burros entre burros montando a burros.●



JOSEP PUIGDO

Lucía Ramis



El viejo que hay en mí

El martes fue el día de la Mujer. Pero yo no soy mujer. Soy un viejo cascarrabias. Uno de esos que le hablan a la tele y riñen a los presentadores cada vez que dicen "climatología" cuando quieren decir "clima". Sobre todo le hablo a la tele si sale algún político. Entonces respollo y le insulto, y sacudo la cabeza, y digo en voz alta que ya no hay políticos como los de antes. Aunque en realidad no sé a quién me refiero, porque a los actuales asesores de las grandes compañías con ganas de seguir mandando, seguro que no.

Los niños me ponen nervioso, tan monos y malcriados, sentados en el reservado para ancianos del metro. Los jóvenes me ponen aún más nervioso. Ni siquiera saben qué fue el 23-F. En mi época, el nivel de inteligencia se disimulaba con cultura. Sí, puede que fuéramos un poco esnob, pero nos sentíamos orgullosos de saber algo más que los demás, aunque a nadie más le interesaría lo que sabíamos. Entonces leíamos, y llevar un periódico bajo el brazo era un signo de distinción, casi de moralidad. También le gritó al diario, si lo leo en papel. Si lo leo online, no le gritó: hago comentarios con seudónimo que a menudo nada tienen que ver con la

Lo que suple a la inteligencia ya no es la cultura, sino la simpatía, el desparpajo

noticia, sólo para meterme con otros usuarios habituales que ya están soltando las burradas de siempre; demasiado tiempo libre, tienen algunos. Quejarse es gratis, y todos deberíamos ejercer nuestro derecho a la pataleta, sólo faltaría. Pero tonterías, las justas.

Los ciento cuarenta caracteres del Twitter son demasiados para la era de la imagen. Dicen que una imagen vale mucho más, sobre todo si es la de los vídeos en directo que nos permiten ver desde nuestro dispositivo lo que está pasando en la otra punta del mundo. Como si las imágenes no pudieran retocarse igual que un texto. Lo que suple a la inteligencia ya no es la cultura, sino la simpatía, el desparpajo. De nuevo la imagen. La buena imagen. El periodismo ha pasado a llamarse comunicación, porque comunicar se ha vuelto más importante que informar. El éxito corresponde al que se vende mejor.

Yo no sé venderme. Ni siquiera sé alquilar. Para hacer eso uno tiene que embellecer el producto, sacarse fotos que le favorezcan, discursos que le favorezcan, y yo tengo arpegios de refirme mucho, dolor de espalda, hipertensión y la masa muscular de una persona de ochenta años. Eso no lo arregla el Photoshop. Pasé la crisis de los cuarenta a los treinta, y la nostalgia vino de serie. Una nostalgia de chirridos de módem, pan con Nocilla y *El doctor Slump*.

Antes de ser un viejo, fui idealista. Pero hace ya tiempo que no entiendo nada: ni lo que está haciendo Europa con los refugiados, ni por qué ninguna línea de autobuses recorre la Diagonal de punta a punta. En fin. Qué voy a cambiar a estas alturas. Lo único que me diferenciaría de los demás viejos gruñones es que nunca disfrutaré de la jubilación. Usted tampoco.●

Baptista Borrell Borrell

¿Competencia o inquietud?

Este año, desde el Clúster Edutech, hemos celebrado la octava edición del ITworldEdu, el congreso de la tecnología educativa, bajo el título "Escuelas digitalmente competentes". Después de haber presenciado la riqueza y la pasión con la que los directivos y profesores de los centros exponían los casos reales de su innovación en la aula mediante la tecnología, uno empieza a tener dudas razonables, sobre si estos casos de éxito lo son porque el profesorado es digitalmente competente, o bien al revés, porque la pasión y la inquietud para innovar han creado la necesidad de aprender y adquirir una cierta competencia digital.

En este sentido, me permito hacer una analogía con el mundo empresarial y la fa-

mosa ola de la digitalización de las empresas para orientarse adecuadamente a su cliente y ser más eficientes en sus procesos. A menudo se asocia que este fenómeno viene dado por la denominada generación Millennial, jóvenes nacidos entre 1980 y el 2000. Nada más lejos de la realidad, las empresas se transforman para ser más competitivas y más eficientes, y por este motivo también lo hacen los propios directivos y empleados, independientemente de su edad.

Este fenómeno de la digitalización ya hace tiempo que lo vivimos en el entorno educativo a través del acceso a la tecnología. Vemos una relación directa entre los indicadores de inquietud en la transformación y en la pasión por cambiar y adaptarse, y las escuelas que presentan iniciativas para ser expuestas en la ITworldEdu.

No es tan importante ser seleccionado para exponer en el congreso, sino tener la iniciativa de presentar el caso de la escuela con la calidad con la que las 76 iniciativas han descrito sus casos prácticos, aunque sólo 15 han podido ser escogidas. Presentar un caso en el congreso es indicador de "tener ganas de cambiar" y eso nos hace llegar a un punto interesante en nuestro debate: la potencial fractura en el sistema educativo derivada del "tener ganas de cambiar" que lleva la introducción de tecnología a los centros educativos.

Por lo tanto, llevo a la reflexión inicial: las competencias de la inquietud y la creatividad, y no la competencia digital del profesorado, serán las que impulsarán la innovación con el uso de una tecnología (invisible) en los procesos de enseñanza y aprendizaje.●